

Una espléndida década (1926-1936)

Las casi cuatro décadas que median entre el llamado «Desastre» de 1898 y la guerra iniciada en 1936 constituyen, en la historia de la cultura hispánica, su segunda «Edad de Oro». Un periodista norteamericano afirmó, en 1898, que la derrota de España por los Estados Unidos marcaba «el tránsito de España», su desaparición de la historia universal. La pérdida de sus últimos territorios ultramarinos, en el Caribe y el Pacífico, parecía indicar, efectivamente, que había acabado el largo papel de España en la historia del planeta. Mas, paradójicamente, un extraordinario florecimiento de la cultura española se inició a finales del siglo XIX, como si el «Desastre» de 1898 hubiera dado a muchos españoles la energía y la ambición necesarias para intentar devolver a su patria un lugar en la historia de la cultura universal. Y así, en 1922, podía Ortega escribir que los intelectuales españoles habían «conquistado en la estimación de los demás pueblos, un puesto para España que desde hacía siglos no ocupaba». Pero esta afirmación la hace Ortega antes de la espléndida década, 1926-1936: antes de las obras —incluidas las suyas propias— de muy variados creadores españoles que hacen de dicha década una de las más universales de la historia de la cultura hispánica, y que es, sin duda alguna, la culminación de la segunda «Edad de Oro» 1898-1936. Mi propósito es esbozar las características principales de la década aludida, para así justificar su excepcional singularidad.

La primera característica es de orden cronológico, por no decir astrológico. Me refiero a la coincidencia de tres generaciones en esos diez años: la generación del 98 (la de Unamuno), la generación de 1914 (la de Ortega) y la de 1931 (la de García Lorca y Alberti). El poeta malagueño, José Moreno Villa, rememoraba en México, en su autobiografía, *Vida en claro*, las

dos décadas 1916-1936, con palabras que se podrían aplicar más aún a la segunda, 1926-1936:

¡Qué maravilla! Durante veinte años he sentido ese ritmo emulativo y he dicho: ¡así vale la pena vivir! Un centenar de personas de primer orden trabajando con la máxima ilusión. ¿Qué más puede pedir un país?

Ritmo emulativo de creadores diversos que expresaba el nuevo clima intelectual de España desde el comienzo del siglo. Y cuyo móvil generador describió Ortega en su legendario discurso del 23 de marzo de 1914: «En historia, vivir *no es* dejarse vivir, en historia vivir *es* ocuparse muy seriamente, muy conscientemente del vivir, como si fuera un oficio». Pocos años antes, en 1910, había apuntado también Unamuno (en uno de sus sonetos) un móvil relativamente análogo al de Ortega: «El fin de la vida es hacerse un alma». Esto es, en el clima intelectual fomentado por figuras como Unamuno y Ortega —que serán los maestros de la generación de 1931— prevalecía una actitud ante la vida que podríamos llamar «voluntarista». Actitud que no era solamente un rechazo de la «abulia» española identificada por Ángel Ganivet con el desánimo de muchos jóvenes de su tiempo: porque la «guerra a la inercia», predicada por Ortega, respondía a un cambio intelectual verdaderamente profundo en la España del siglo XX.

Un texto de uno de los científicos más representativos del espíritu de la generación de 1914 —el matemático Julio Rey Pastor— condensó los móviles intelectuales innovadores de sus coetáneos:

En oposición a la España introvertida que deseaba Unamuno, poblada de hombres acurrucados al sol... consagrados a meditar sobre el enigma de la muerte, surgió una generación vigorosa y optimista, extrovertida hacia la alegría de la vida, que se propuso reanimar la historia de España por nuevo rumbo y hacia nueva meta...

Dejemos de lado, por ahora, la alusión peyorativa a Unamuno —cuya enormidad es siempre tan difícil de encasillar— sin olvidar, tampoco, que los científicos españoles de la época reaccionaron con hostilidad comprensible al desdén manifestado caprichosa y ruidosamente por don Miguel, hacia el progreso tecnológico. Retengamos del texto de Rey Pastor la descripción positiva de su generación: «Vigorosa y optimista, extrovertida hacia la alegría de la vida». Este temple humano ha de verse, en aquella España, como una consecuencia, en gran medida, del cambio intelectual que marcó la obra y la personalidad del gran Quijote científico —como se le ha llamado en otros países— don Santiago Ramón y Cajal. No puede afirmarse, por supuesto, que la ciencia tuvo en España el papel que desempeñó en el resto de Europa. Propongo, sin embargo, que los científicos españoles contribuyeron, decisivamente, al nuevo clima intelectual que significó un muy profundo cambio en miles de españoles: porque, por vez primera en la historia

de España, la gran mayoría de la que podría llamarse «clase cultural» abandonó las creencias religiosas tradicionales. Años más tarde, en 1931, don Manuel Azaña aseveró en las Cortes Constituyentes que España había dejado de ser católica. Fue aquella afirmación un manifiesto error político por su patente inexactitud demográfica, pero sí correspondía a un hecho biográfico colectivo de la «clase cultural». En suma, podría decirse que, en el nuevo clima intelectual español, predominaron el racionalismo y el espíritu científico. De ahí que pueda mantenerse, sin arbitrariedad, que en contraste con el «Siglo de Oro» —cuyo sustento espiritual fue, sin duda, la acendrada fe religiosa— la segunda «Edad de Oro», 1898-1936, halló, en el pensamiento racionalista moderno, las nuevas normas que orientaron la creación literaria española, como se indicará más tarde.

El nuevo clima intelectual español del siglo XX tiene, además, una fecha inicial muy precisa: la de la fundación, en 1907, de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, presidida por don Santiago Ramón y Cajal, que el año anterior había recibido el Premio Nobel de Medicina por sus trabajos sobre el sistema nervioso humano. No es ésta la ocasión para detenerse en algunos aspectos de la acción cultural de la ya legendaria Junta —tan importantes para la literatura española contemporánea— pero sí es menester acentuar el propósito fundamental de aquella entidad estatal verdaderamente ejemplar: dicho propósito podría cifrarse en una sola palabra: «sincronía». Esto es, la Junta quería sincronizar la vida intelectual y artística española con la transpirenaica, tal como había hecho el mismo Cajal, individualmente. Y conmueve hoy ver cómo, con muy escasos medios, aquella Junta —regida por el muy espartano don José Castillejo— desde 1907 a 1936, realizó, efectivamente, la sincronización de la vida universitaria española con la transpirenaica. O, más precisamente, la España intelectual y artística de la década 1926-1936 estaba en sincronía con el mundo transpirenaico: de ahí, también, el carácter culminador de dicha década. Y añadamos que lo tristemente propio de la literatura española desde finales del siglo XVII había sido, justamente, su falta de sincronía con la Europa transpirenaica: y era, pues, lógico que se viera, desde esa Europa, a España como un país estrictamente anacrónico. Carácter anacrónico que tenía todavía —en su forma de gobierno— España, en 1926: mas era patente que el clima intelectual y artístico estaba ya en sincronía con el resto de Europa. En París, la indudable capital entonces de la cultura universal, había publicado el escritor, entonces, más públicamente adverso al gobierno dictatorial español —Unamuno— el largo ensayo que allí había escrito al llegar voluntariamente expatriado en el verano de 1924: *La agonía del cristianismo*. Aparentemente podría parecer que el librito de Unamuno era lo que se llamó, «una ardiente bola de fuego de España», lanza-

do, casi brutalmente, en el refinado ámbito intelectual parisiense. Pero no tenía nada de anacrónico, muy al contrario: porque, en aquel París, muchos intelectuales católicos se consideraban muy afines a Unamuno. El concepto antes citado —«El fin de la vida es hacerse un alma»— fue acogido y hecho suyo por los escritores católicos que se agruparían más tarde en la revista *Esprit*, tan importante en la historia intelectual y política de la Francia de los últimos sesenta años. De hecho, fue entonces cuando Unamuno adquirió mayor significación internacional, que la obtenida diez años antes, por su gran libro *El sentimiento trágico de la vida*. Se realizaba así lo que don Miguel había pedido a sus compatriotas casi desde sus primeros ensayos, «lanzarse de la patria chica a la humanidad». Esto es: Unamuno encarnaba plenamente, en 1926 el impulso universalizador que le había movido en todos sus escritos y actos. «El gran padre Unamuno», como le llamó Federico García Lorca, perdió entonces, para muchos españoles, que habían visto en él un obstáculo para el desarrollo del espíritu científico, su imagen de rebelde inútil. No es ocioso ahora recordar que el ensayo de Unamuno *La agonía del cristianismo* fue, posteriormente, condenado por la Iglesia Católica.

Que la década 1926-1936 alcanzara el grado de sincronía con la Europa transpirenaica a que antes aludimos, se debió, principalmente, por supuesto a José Ortega y Gasset. Es más: puede decirse que, en ningún otro español de su tiempo, actuó, tan constantemente, una *voluntad de sincronía* comparable a la de Ortega. Desde 1910 —cuando ofreció el lema, «España es el problema, Europa, la solución»— hasta 1936, Ortega encarnó la voluntad de sincronía que movía a tantos miles de españoles de la clase cultural. Recordemos, también, que en el verano de 1923, tres meses antes del golpe militar anacrónico, aunque victorioso, del general Primo de Rivera, Ortega había publicado el primer número de la *Revista de Occidente*, uno de los más eficaces agentes de sincronización cultural de la España contemporánea. Recorrer sus páginas, sobre todo entre 1926 y 1936, es comprobar lo que hemos apuntado: los escritores españoles de las tres generaciones mencionadas, pero, sobre todo, los de la generación del propio Ortega y la de García Lorca y Alberti muestran, sin esforzarse ni proponérselo, que son españoles, normal y *sincrónicamente*, europeos. Ninguno de ellos superó, por supuesto, a Ortega en el éxito que tuvieron sus escritos fuera de España y de la lengua castellana. Es más, ningún libro español —exceptuando el *Quijote*— ha tenido una resonancia, transnacional y transhispánica, equivalente a la de *La rebelión de las masas*. Puede, incluso, afirmarse que la traducción alemana del libro de Ortega fue leída, por numerosos europeos, con un singular interés personal, y muchos recuerdan aún aquella lectura como un episodio significativo de sus propias biografías intelectuales. En